

Oración Eucarística C – Dialógica (con rúbricas)

En esta oración, las líneas en negrita son pronunciadas por los asistentes.

El Celebrante, ya sea obispo o presbítero, se dirige a ellos y canta o dice:

El Señor esté con ustedes.

Y también contigo.

Elevemos los corazones.

Los elevamos al Señor.

Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

Es justo y necesario.

A continuación, de cara a la Sagrada Mesa, el Celebrante continúa

Dios de todo poder, Rey del universo,

Tú eres digno de gloria y alabanza.

Te alabamos ahora y siempre.

A tu mandato nació todo el universo: la luz resplandeciente y la oscuridad envolvente;

la inmensidad del espacio, galaxias, soles,

y esta tierra frágil, nuestro hogar insular

Por tu voluntad nacieron y tienen su existencia.

De la materia primordial generaste la raza humana

y nos bendijiste con la capacidad de memoria, razón y destreza.

Nos encomendaste la creación.

Pero nos rebelamos, traicionamos tu confianza

y nos hicimos enemigos unos de otros.

Ten piedad, Señor, que somos pecadores ante ti.

Persistente, muchas veces nos llamaste a regresar.
Mediante profetas y personas sabias nos revelaste tu justa ley.
Y en la plenitud del tiempo enviaste a tu único Hijo,
nacido de tu sierva María,
para cumplir tu ley y abrimos la senda de la libertad y la paz.
Su sangre nos reconcilia. Sus heridas nos sanan.

Por todo eso te alabamos,
uniéndonos al coro de los cielos,
a profetas, apóstoles y mártires,
y a toda persona que, a lo largo de la historia, ha vislumbrado en ti su esperanza,
junto a ellos te glorificamos con su himno sin fin:

Celebrante y asistentes

Santo, santo, santo Señor, Dios del universo,

llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.

Hosanna en el cielo.

Bendito quien viene en nombre del Señor.

Hosanna en el cielo.

Durante las siguientes palabras sobre el pan, el Celebrante lo sostendrá o pondrá una mano sobre él; y durante las palabras sobre el cáliz, sostendrá o pondrá una mano sobre el cáliz y sobre cualquier otro recipiente que contenga vino para consagrar.

En la noche que lo traicionaron, Jesús tomó pan, lo bendijo,
lo partió y se lo dio a sus amigos diciendo: “Tomen y coman:
este es mi cuerpo, que se entrega por ustedes.
Hagan esto en memoria mía”.

Después de cenar tomó el vino, dio gracias, y dijo,
“Beban todos: esta es mi sangre de la nueva alianza,
que por ustedes y por todos se derrama para el perdón de los pecados.
Cada vez que lo beban, háganlo en memoria mía”.

Recordando su obra redentora
con este sacrificio de alabanza,

Recordamos su muerte y resurrección y esperamos el día de su regreso.

Por eso, oh Dios, nosotros que hemos sido redimidos por Jesucristo,
y hechos un pueblo nuevo por el agua y el Espíritu, te ofrecemos estas ofrendas.
Santifícalas con tu Espíritu Santo
para que sean el cuerpo y la sangre de Jesucristo nuestro Señor.

Santifícanos también a nosotros,
y permite que esta santa comunión nos haga un cuerpo
y un espíritu en Cristo, para que fielmente sirvamos al mundo en su nombre.

Señor resucitado, revélate al partir el pan.

Señor Dios de nuestros padres y madres, Redentor y Padre de Israel,
Dios y Padre de Jesucristo nuestro Señor:
Ábrenos los ojos para reconocer tu mano en el mundo.
No permitas que vengamos a esta mesa buscando solo consuelo
sin fortaleza o perdón sin renovación de vida.

Recibe estas plegarias y alabanzas, Dios Todopoderoso,
por Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote,
a ti, a él y al Espíritu Santo,
tu Iglesia rinde gloria, honor y adoración
por los siglos de los siglos. **AMÉN.**

Continúa con el Padre Nuestro en la p. 364

• • •

Oración Eucarística C - Respuesta fija (con rúbricas)

En esta oración, las líneas en negrita son pronunciadas por los asistentes.

El Celebrante, ya sea obispo o presbítero, se dirige a ellos y canta o dice:

El Señor esté con ustedes (o) Dios esté con ustedes.

Y también contigo.

Elevemos los corazones.

Los elevamos al Señor.

Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

Es justo y necesario.

A continuación, de cara a la Sagrada Mesa, el Celebrante continúa

¡Justo es glorificarte y darte gracias,

Señor, Dios nuestro, sustentador del universo.

Te alabamos ahora y siempre.

A tu mandato nació todo el universo: la luz resplandeciente y la oscuridad envolvente;

la vasta inmensidad del espacio interestelar, galaxias, soles, los planetas en sus trayectorias,

y esta tierra frágil, nuestro hogar insular;

por tu voluntad fueron creados y existen.

De la materia primordial generaste la raza humana

y nos bendijiste con la capacidad de memoria, razón y destreza;

nos encomendaste la creación.

Te alabamos ahora y siempre.

Pero nos rebelamos, traicionamos tu confianza
y nos hicimos enemigos unos de otros.
Una y otra vez, nos llamaste a regresar.
Por los profetas y los sabios, nos revelaste tu justa Ley.
En la plenitud del tiempo enviaste a tu Hijo,
nacido de una mujer, para que fuera nuestro Salvador.
Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados.
Con su muerte nos abrió el camino de la libertad y de la paz.
Te alabamos ahora y siempre.

Por eso te alabamos,
uniéndonos al coro celestial, con profetas, apóstoles y mártires,
y con todos los que en cada generación te han mirado con esperanza,
junto a ellos te glorificamos con su himno sin fin:

Celebrante y asistentes

Santo, santo, santo Señor, Dios del universo,

llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.

Hosanna en el cielo.

Bendito quien viene en nombre del Señor.

Hosanna en el cielo.

Los asistentes se levantan o se arrodillan.

Durante las siguientes palabras sobre el pan, el Celebrante lo sostendrá o pondrá una mano sobre él; y durante las palabras sobre el cáliz, sostendrá o pondrá una mano sobre el cáliz y sobre cualquier otro recipiente que contenga vino para consagrar.

Bendito seas, Señor Dios nuestro, por enviarnos a Jesús, el Cristo, quien, en la noche en que fue entregado al sufrimiento y a la muerte, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus amigos, diciendo: “Tomen, coman: este es mi cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía”.

Del mismo modo, después de la cena, tomó la copa de vino; les agradeció y dijo: “Beban esto todos: esta es mi Sangre de la nueva Alianza, que por ustedes y por todos se derrama para el perdón de los pecados. Cada vez que lo beban, háganlo en memoria mía”.

Recordando ahora su obra de redención, con este sacrificio de alabanza, celebramos su muerte y resurrección, mientras esperamos el día de su regreso.
Te alabamos ahora y siempre.

Por eso, nosotros que hemos sido redimidos por Jesucristo, y hechos un pueblo nuevo por el agua y el Espíritu, te ofrecemos estas ofrendas. Santifícalas con tu Espíritu Santo para que sean el cuerpo y la sangre de Jesucristo nuestro Señor.

Santifícanos también a nosotros, y permite que esta santa comunión nos haga un cuerpo y un espíritu en Cristo, para que fielmente sirvamos al mundo en su nombre.
Te alabamos ahora y siempre.

Derrama tu Espíritu sobre toda la tierra
y conviértela en tu nueva creación.
Reúne a tu Iglesia
desde los confines de la tierra hasta tu reino,
donde se revelan la paz y la justicia,
que nosotros, con todo tu pueblo,
de todas las lenguas, razas y naciones,
podamos compartir el banquete que has prometido.

Por Cristo, con Cristo y en Cristo,
tuyos son todo el honor y toda la gloria, creador de todo.

Te alabamos ahora y siempre. AMÉN.

Continúa con el Padre Nuestro en la p. 364